

El gato con botas

TEXTO *Karla Casillas*
 FOTO *Alejandro Acosta*

El monumento a la Madre que se erige en Paseo de la Reforma esquina con Sullivan es un lugar casi obligado para los pintores. Literal y simbólicamente. Y si no, que se lo pregunten a un pintor cualquiera, dedicado íntegramente a su oficio, el día de su juventud más o menos remoto que le dijo a su madre que quería dedicarse al arte. Sopotios así bien merecen un monumento...

Pues bien, a sus espaldas, amablemente fuera de su vista, se extiende el Jardín del Arte. Aquí todo es efecto, simulación, virtualidad, búsqueda de la expresión. Pero no en pantalla de 3, 4 o 5 pulgadas sino sobre tabla o lienzo. Y el 3D también se trabaja pero sólo en formato escultura. Nada de fantasmales electrónicos; se trata de materia visual y táctil pero bien palpable. Y aunque nuestros pequeños dispositivos nos han acostumbrado a todo tipo de virguerías y refinamientos, aún hoy en día resulta del todo insólito encontrarse con un cuadro que camina. Aunque sea la pintura de un gato con botas.

Me gustaría verlo bien de cerca pero está lejos y por eso comienzo de inmediato a perseguirlo, a jugar al ratón y al gato. Al menos yo, que el gato va a su aire y aún así se escapa veloz. Lo tiene relativamente fácil en el pintoresco laberinto de caballetes, cuadros, fotografías, grabados y esculturas que han levantado el centenar de artistas que cada domingo exponen su pintura. Así que me apuro. El gato dobla la esquina, se escabulle tras unas enormes y coloridas pajarreras que han cambiado la ornitología por los lienzos. Corro y vuelvo a vislumbrarlo saltando sobre el verde del parque, el parque Sullivan, transitando hacia su corazón de caracol.

Allí, en una bodega subterránea, se encuentran las oficinas de la asociación de artistas que florece en la superficie, Jardín del Arte AC. Y el cuadro semoviente vuelve a desaparecer tras la curva de la caracola. Cuando llego parece demasiado tarde. Pero resulta que no. Está allí, un poco más adelante, junto a uno de los puestos que jalonan la calle donde se venden pinturas y otros materiales artísticos. Procurando no perderlo de vista en ningún momento me aproximo. Ha quedado inmóvil. Ya voy a alcanzarlo... y entonces el cuadro, con las piernas prestadas de su dueño, cosa que reduce pero no acaba completamente con la magia del efecto, resulta engullido por una camloneta.

Con una leve sonrisa burlesca me digo para mí misma: "Ya llegó a chingar... el marqués de Carabés". ●

